

# Las humanidades en la enseñanza

---

Francisco Rodríguez Adrados

La organización de este curso engloba dentro de las Humanidades, junto a las Ciencias, Historia y Lenguas, la enseñanza de las lenguas y culturas clásicas, más la de la filosofía y la literatura. Me voy a ocupar, primordialmente, del primer tema, que es el mío; pero sin descuidar los otros, que en realidad no han hecho sino continuar el primero. Continuar la enseñanza de las literaturas antiguas con la de las literaturas modernas que, ya siguiendo el modelo de las antiguas, ya luchando con ellas, fueron surgiendo, evolucionando y entrando en la enseñanza. Igual puede decirse de la filosofía y del pensamiento en general.

Aunque, en realidad, las culturas antiguas son el arranque y el modelo de todo. Desde luego, de la Ciencia natural, física y matemática, con impulsos que van de los presocráticos a todos los científicos posteriores. Pero incluso dieron la pauta para los inicios de Ciencias como la Pedagogía, Psicología y Sociología, menos para la Economía y Tecnología.

Las artes e ideas que se ofrecían, desde Grecia para acá, al niño y al adolescente, ampliadas cada vez más según los tiempos avanzaban, eran la vía esencial para el

Cada vez son más las voces que reivindican el valor educativo de la lengua y la cultura clásica y, en general, de las humanidades.

proceso de su socialización, de su integración de la cultura viva del presente. Estaban expresadas, esencialmente en la poesía. En ella, el pasado se incorporaba al presente, todo era uno. A falta, en Grecia, de libros sistemáticos sobre religión y moral, todo ello y mucho más era bebido desde la poesía.

En la Edad cristiana, el mismo proceso continuó, aunque a su lado entró el estudio de la nueva doctrina. Pese a problemas que no faltaron, la tradición del estudio de la literatura —la antigua, luego también la nueva— continuó. Y así hasta fechas recientes.

Concretamente, las lenguas clásicas han sido el centro de formación intelectual durante muchos siglos. Y no sólo para los hombres de orientación humanista, también para los científicos; nombres como los de Newton, Linneo, Heisenberg u Oppenheimer son ilustrativos. No sólo introducían en el mundo el vocabulario de la cultura (la lengua científica es un semigriego) sino que ejercitaban las capacidades intelectuales.

En nuestra España, por deficiente que fuera, a veces, la enseñanza de las lenguas clásicas, su influjo, llegado de una manera u otra, ha permeado toda nuestra cultura del siglo pasado y de éste. No puedo entrar aquí en el detalle, pero su huella está bien clara en escritores como Galdós, Ayala, Pío Baroja y tantos otros, en los poetas desde Lorca hasta ahora mismo, en pensadores como Ortega o d'Ors. Y los científicos no eran ajenos a ella.

Pero vayamos al tema de la enseñanza. Aquí, en España aparte de ser centrales las lenguas clásicas en Filosofía y Letras, existía un latín para todos, en el Bachillerato, en los planes de 1934 y 1938 (en éste también un griego), luego surgió la oposición Ciencias/Letras en el de 1953, luego ha habido una reducción implacable en la Ley General de Educación de 1970 y en la LOGSE de 1990.

Pero en este último momento fueron ya tanto las ciencias como las Letras (y el latín y el griego sobre todo) las que han sufrido el embate de las "nuevas humanidades" —Psicología, Economía, Sociología, Pedagogía, etc.— y de un pedagogismo igualitario por lo bajo que sólo propone una cultura elementalísima y luego especialismo. Y también vino el imperio de la Tecnología.

Por supuesto que, a partir de un cierto momento de la vida de los hombres, una diversificación se impone. El tiempo es limitado y el cultivo de las Ciencias y las técnicas requiere una atención máxima. Esto es algo propio de la Universidad, aunque sigue siendo un tema de esencial interés el de llevar, en la medida que sea y por las vías que sean, el conocimiento de las Humanidades a los estudiosos de otras especialidades. Hablaré luego de ello.

Pero, para los años anteriores a la Universidad, el gran problema es el de cómo repartir el tiempo disponible y el de cómo hacer

compatible la mentalidad humanística —de la que hemos de hablar— con la científica y con otras.

Precisemos un poco. Hoy los modelos de la enseñanza son varios y están a veces en conflicto. El estudio de las Humanidades, clásicas y modernas, es visto a veces más bien como un resto del pasado, mirado con un benevolente desprecio por los que se consideran a sí mismos como representantes de la cultura propia de los tiempos. Y el prototipo del hombre culto a la manera antigua y de los siglos pasados, incluso del XIX, del *uomo universale*, de sabiduría universal, es hoy representado por cada vez menos especímenes.

Para empezar, la escuela no es ya el centro único de formación. Están los *mass media* y, entre ellos, en primer término, la televisión. También los periódicos y revistas, las grabaciones musicales, el cine y todo aquello que entra por los ojos en la calle o en la misma casa.

Y, de otra parte, a la escuela llegan diversos modelos de formación humana diferentemente apreciados por los hombres que tienen el poder cultural: éste es una rama como otra cualquiera, hoy, de la política. Esta ha introducido el dirigismo, relevando a lo que era simple tradición cultural, sometida ciertamente a evolución.

Está entre estos modelos, desde luego, la formación humanística, basada, de una

parte, en la idea de la generalidad de lo humano, de la fecha y el lugar que sea; y, a la vez, en la de la infinita variabilidad y relatividad de lo humano. Está basada en la cultura literaria y en la cultura estética. Y tiene diferentes modelos, de los cuales el clásico antiguo es solamente uno; aunque, para nosotros, sea el más importante.

Pero está, a su lado, la formación científica. Procede de los antiguos científicos griegos, en definitiva, pero representa la idea de la universalidad y la verdad sin más (aunque a veces sean provisionales), de la atemporalidad, del andamiaje matemático o el experimento. Busca objetividad y doctrinas válidas de por sí, independientemente del hombre.

Y están, todavía, las llamadas Humanidades Modernas, ya aludidas, que sus poderosos valedores introducen cada vez más en la enseñanza. A diferencia de las Humanidades tradicionales, cultivan una visión plana y ahistórica del mundo, sólo el presente existe para ellas. Tienen doctrinas real o supuestamente universales y válidas que aspiran, en realidad, a transformar el mundo de acuerdo con líneas previamente trazadas. Tienen su origen, cómo no, en la Antigüedad, pero su espíritu es distinto del de las Humanidades propiamente dichas.

Invaden incluso la Historia, que de ser maestra de la vida pasa a convertirse en un pasado despreciado y a ser sustituida por una especie de sociología con tendencias prescriptivas.

La ventaja de esas Humanidades es que están en contacto con la práctica y sus representantes son grupos de presión mucho más efectivos que los de los representantes de las Humanidades tradicionales y aún de las Ciencias. Y que ofrecen doctrinas simples, aparentemente seguras y científicas, que evitan, y en esto se igualan a las Ciencias Naturales y Matemáticas, la angustia del eterno interrogar a la propia conciencia.

Finalmente, está la Técnica. A partir de la Ciencia, busca resultados prácticos. Es, yo diría, una de las bellas artes, característica de nuestra cultura: un ordenador, un robot y no digamos un avión de caza o un portaaviones son obras bellas cuya forma y cuya función se armonizan perfectamente. Pero una característica de nuestros tiempos es que, al tiempo que las diversas técnicas se mantienen como especializaciones en sus lugares propios, una llamada Tecnología es además introducida en los estudios medios, en los que disputa el campo de las Humanidades. Un tercer curso de Tecnología ha ocupado, en la Enseñanza Secundaria Obligatoria, el lugar que ocupaba el único curso de Latín obligatorio para todos que la Ley General de Educación de 1970 había respetado en el Curso de 2º de Bachillerato.

Este es el confuso panorama al que se enfrentan nuestros jóvenes cuando van a los Centros en que se piensa que se les va a impartir una formación general. Materias especializadas los han invadido. Las

Humanidades y las Ciencias conservan penosamente algo de su anterior papel, dentro de un clima diferente. Un papel por fuerza pequeño: y más si el Bachillerato ha sido reducido a dos años, como por desgracia ha sucedido. Igual en las Facultades de Letras o en aquellas de ellas derivadas, donde la Lingüística General y la Teoría Literaria o las materias que sea han desalojado al Latín y el Griego.

Y esto no es sino una parte del problema. La otra parte es que los pedagogos y psicólogos que han ocupado el poder educativo propugnan una educación para todos y gratuita, sí, pero elemental y plana: buscando solamente cultivar aptitudes, impartir conocimientos meramente instrumentales, quedar lejos de toda estética y de toda problemática humana, de toda crisis intelectual. Aparcar a los jóvenes unos años para imbuirles mínimas habilidades, las mismas para todos, que comporten el menor esfuerzo posible. Pero la cultura humanística y la científica requieren esfuerzo y pasión.

En fin, mucho me temo que, así como el igualitarismo económico ha fracasado y ha supuesto la ruina de las naciones y los hombres, el igualitarismo educativo, esta otra utopía, cause el hundimiento cultural, a más largo plazo. Alguien tendrá que hacer algo algún día para remediarlo, para, sin renegar de la extensión a todos de una educación elemental, volver a un Bachillerato serio que posibilite la existencia de

una élite cultural, para la que las Humanidades deben ser importantes.

Esto puede servir de introducción. Digamos algo, ahora, primero, sobre la historia de la educación humanística, luego, sobre sus valores.

La música y la gimnasia eran, como se sabe, el fundamento de la educación griega. Se sabe menos que por música se entendía todo lo relacionado con las musas: la literatura y, primordialmente, la poesía. Homero y los poetas fueron los educadores de Grecia, decía Platón, y Protágoras se encuadraba junto a ellos, cuando se dedicaba a enseñar la retórica, política y ciencia a los jóvenes de Atenas.

En cuanto a Platón, debe colocarse en igual línea: sólo que se dirigía, ya, a un pequeño círculo, igual que luego los científicos de las diversas Ciencias. Y fue el primero que propugnó, en sus *Leyes*, una enseñanza dependiente del estado e impartida con generalidad.

Aquí están las bases, los orígenes del ideal humanístico en Isócrates, en Cicerón y en los demás. En él se unían el conocimiento de las letras y el culto a la humanidad. La palabra latina *humanitas*, que se definía con aquella frase de Terencio según la cual "nada de lo humano considero ajeno", es una traducción de la palabra griega *philanthropía*, amor al hombre. Se dijo por primera vez a propósito de Prometeo, el

gigante benévolo que trajo los inventos humanizadores, en la obra de Esquilo.

Este es el ideal que absorbieron los padres cristianos y lo combinaron con el evangelio. Hubo una síntesis que continuó durante la Edad Media y que a la poesía añadía la filosofía y las artes y ciencias del *trivium* y el *quadrivium*. Si cultivaba, a partir de un cierto momento, en las Universidades; luego, desde el siglo XV, en ambientes cada vez más libres, ya propiamente humanísticos.

En el *trivium* y el *quadrivium* medievales está el comienzo de nuestra Ciencia universitaria. Su lengua era el latín y era notable su internacionalismo. París influyó en Oxford y Cambridge, Bolonia y Salamanca. Maestros y escolares viajaban constantemente. Igual en el Renacimiento y Humanismo, cuando Erasmo tenía correspondencia latina con sabios de todos los países, cuando Vives y Arias Montano y tantos españoles vivían y trabajaban y publicaban sus obras fuera de España y a España llegaban los estudiosos griegos e italianos, entre otros. A través de las Universidades y de la cultura latina, se creó Europa.

Y eran textos latinos —a veces griegos, traducidos al latín— los que se estudiaban. Euclides en Geometría, Hipócrates y Galeno en Medicina, Ptolomeo en Astronomía y Geografía, las *Pandectas* y el *Digesto* en Derecho. El Bachillerato en Artes era previo a los estudios propiamente facultativos. La *Gramática* castellana de Nebrija es un

derivado de la latina, poetas como Garcilaso lo eran en latín y castellano, en fecha muy posterior Newton escribía todavía en latín sus *Principia Mathematica*. Para qué seguir. Es cosa bien sabida.

Querría destacar otro punto, sin embargo. Pese al especialismo de que luego hablaré, la presencia del latín y del mundo clásico en general es hoy día, aunque algunos no lo vean, el núcleo de nuestra cultura: De nuestras Ciencias y nuestros Géneros arquitectónicos y nuestros modelos escultóricos. Y no solamente nuestra lengua es un derivado del latín, sino que la lengua científica en general, la de todas las naciones, es una especie cuasi-griego: la terminología científica es griega o traducida del griego o calcada del griego. No hablemos de taxonomías como la de Linneo.

Hoy día, en que el vocabulario inglés nos invade, observamos que, curiosamente, ese vocabulario inglés que entra en nuestra lengua es con frecuencia propiamente latino o griego. Las lenguas clásicas vuelven a penetrarnos a través del inglés. Y quien no sabe algo de léxico griego y latino es incapaz de comprender la terminología científica y aún la culta en general.

El hecho es que, a partir del Renacimiento, un nuevo concepto de poesía y de literatura en general se extendió por Europa; y que esta literatura, que pronto comenzó a ser estudiada a la manera de la antigua, creció muy fuertemente influida por ésta. Igual

la Ciencia moderna, nacida de la antigua y evolucionada, luego, en abierta guerra con ella.

La conclusión es que, desde la antigua Grecia hasta entrado nuestro siglo, la formación de los jóvenes ha sido predominantemente literaria y, dentro de esta característica general, ha sido predominantemente una formación en los clásicos. Era una formación humanística en el doble sentido ciceroniano: conocimiento de los grandes modelos literarios y desarrollo intelectual y personal derivado de ellos. Conocimiento del mundo del hombre, en suma: y con una visión no religiosa, aunque no necesariamente enfrentada a la religiosa, sino autónoma.

Se pensaba que esa formación era buena para los que fueran a dedicarse luego a diversas especialidades, como el derecho, la medicina o la Ciencia en general, la política, los negocios. En Inglaterra, grandes administradores y políticos dominaban los clásicos. En Alemania la formación en el Gimnasio clásico era la que abría máximamente las puertas. Sabios como Heisenberg u Oppenheimer habían comenzado por los clásicos. Algo queda de todo esto, aquí o allá, pero muy disminuido.

El otro tema, siempre renovado, es el de la vigencia de los clásicos. Se nos presenta cada poco en relación con los greco-latinos, claro está. Pero no sólo: en realidad, un Garcilaso, un Cervantes o un Calderón

forman para nosotros, pese a las evidentes diferencias, bloque con ellos: para admirarlos o relegarlos.

E igual los pensadores: en una Historia de la Filosofía, Bacon o Kant o Hegel son las contrapartidas, los polémicos continuadores de los antiguos. Para algunos, están demasiado lejos de nuestros intereses actuales: para otros, presentan demasiadas contradicciones entre sí, esto es casi un escándalo.

Estas dudas pueden contestarse mediante el concepto de modelo. Los clásicos antiguos han sido modelos de los medievales y modernos, lo son de nuestros géneros literarios, de nuestra reflexión política o jurídica, de nuestra Ciencia. Pero, entiéndase bien, un modelo sólo es tal cuando se acude a él por una necesidad presente que lo exige; y un modelo no es esclavizante. Da ideas, sugiere, pero deja libertad incluso para negarlo o para superarlo. Incluso cuando se cree estarlo siguiendo fielmente, se está haciendo una cosa diferente: así en el Renacimiento o en las diversas ciencias.

Los clásicos han sido siempre un estímulo para la libertad y para el progreso. Aportaron mucho a la idea de la libertad en política, en ciencia, en sensibilidad personal. Frente a las cerrazones del dogma, estaban ahí para expresar libremente lo humano y sus múltiples posibilidades. Y aun sus múltiples angustias.

Porque esta es la clave del problema: el

conocimiento de los clásicos sirve para comprender el mundo humano, para extraer de él al tiempo la belleza, la esperanza, las enseñanzas que tanto precisamos. Esta es la clave de la vigencia de los clásicos: la universalidad de lo humano, que ellos reflejaron por primera vez en una forma que el tiempo ha dejado como ejemplar. Ese retrato vuelve a brotar periódicamente en las nuevas literaturas, claro está.

A veces, periodistas que saben que uno es profesor de lenguas antiguas (algunos dicen muertas, nosotros nos irritamos), hacen la eterna pregunta, que sólo demuestra ignorancia: ¿sigue siendo válida la antigua Literatura, la antigua Filosofía en este mundo nuevo, en esta sociedad nueva?

Y uno, como no, contesta que siguen siendo válidas. Por la razón ya dicha: porque el hombre, fundamentalmente, y habría que añadir que para bien y para mal, sigue siendo el mismo. Y la Literatura y la Filosofía se refieren a las pasiones, los intereses, los prejuicios, los conocimientos de ese hombre que es el mismo. El día en que temas como el de la solidaridad familiar o el poder o la venganza o el valor o el honor o el amor no sean ya humanos, dejarán de ser actuales Homero o Sófocles o Virgilio.

Pero los clásicos y su estudio, lo que llamamos Humanidades, tienen por esto mismo una abertura que a veces se considera

peligrosa. Son demasiado críticos, demasiado discrepantes entre sí, si se los conoce bien y se los compara a unos con otros. Se prefiere muchas veces un mundo de seguridades: bien basadas en la Ciencia (pero también la Ciencia tiene sus problemas, y muy graves), bien, preferentemente, en las Nuevas Humanidades de que he hablado y que propenden, muchas veces, a presentar programas de reformas sociales y humanas, también en la enseñanza, que a muchos nos hacen desconfiar. Buscan paraísos en que el hombre se sienta seguro y confortable, fuera de toda angustia.

Pero dejemos ya las generalidades y veamos cómo han transcurrido las cosas para las Humanidades y qué es lo que propondríamos. Esto puede anticiparse. Creemos muchos que una base humanística es importante en toda la enseñanza, desde la elemental, y que, dentro del Bachillerato, debería haber un hueco para que fuera impartida a un número considerable de alumnos a un nivel razonable, independientemente de la dedicación posterior de esos alumnos. Creemos que esa base humanística, con fuerte contenido clásico, debería volver a ser el núcleo central de las Facultades de Letras. Y que el contenido humanístico es importante para todas, ya a través de materias de Historia de la Ciencia y de otras interdisciplinarias, ya por medio de enseñanzas complementarias humanísticas de distintos tipos e impartidas de diversas formas.

Sin embargo, los últimos Bachilleratos que, en España, presentaban esquemas unitarios dentro de los cuales las materias humanísticas, del Latín a la Literatura y la Filosofía, eran importantes, fueron los de 1934 (¡con cinco años de latín, fijense!) y 1938. Luego el de 1953 introdujo una división en Ciencias y Letras en los últimos cursos, paralelamente a divisiones semejantes en Alemania o Francia. En la última sección, de todos modos, la presencia de las Humanidades era importante y todavía tenían peso en la primera.

Las grandes ofensivas vinieron con las leyes, antes aludidas, en 1970 y 1990 y las reglamentaciones que las siguieron. Cogido entre las dos pinzas de la enseñanza obligatoria hasta los 16 años, una enseñanza absolutamente elemental, y el especialismo que introduce más y más asignaturas nuevas, el antiguo Bachillerato de siete años ha venido a parar en uno de dos, al que llegan alumnos sin formar y en el que conviven las materias tradicionales con las nuevas. No hay apenas hueco ni para el latín, ni para el griego, ni para las Humanidades ni para nada.

Y este sistema, implantado por el gobierno del PSOE bajo el influjo de un *lobby* pedagógico, es gestionado hoy por el Gobierno del PP, que promete hacer algunas correcciones pero hasta ahora no ha podido hacerlas por circunstancias que todos conocen. Esperemos que con la nueva Comisión de Humanidades que el

Ministerio ha pactado con las Autonomías las cosas vayan mejor. Pero describo, simplemente, lo que hay: lo que hemos heredado.

Nuestro cálculo es que el espacio para las lenguas clásicas quedó reducido a la mitad en la Ley de 70 y a la mitad de esa mitad en la del 90. Efectivamente, la reducción del espacio es mayor para las Humanidades: lenguas clásicas (las más perjudicadas, como digo), Literatura, Filosofía, Historia (sólo contemporánea y más o menos socio-lógica).

Son las materias a las que la nueva óptica de la enseñanza meramente tolera, aplica las máximas reducciones posibles. No hay sino ver que en la prueba de acceso a la Universidad para los alumnos de la Reforma no entran ni el griego ni la filosofía. Y que si el latín entra para las llamadas "Facultades humanísticas", para las más de ellas (Derecho, Ciencias de la Información, etc.) puede sustituirse por las Matemáticas Aplicadas. Y que se ponen a los alumnos de la Reforma exámenes de inferior dificultad a los que se ponen a los otros. Esto es reconocer su inferioridad.

Es algo irrisorio, pero lógico. Como son lógicas las facilidades para pasar la Enseñanza Secundaria Obligatoria y entrar en Bachillerato: muchos alumnos de 16 años tienen menor formación que los de diez que hacían el antiguo examen de ingreso del Bachillerato.

El problema, que es muy grave para las Humanidades, lo es también para las Ciencias. Se trata de esa mentalidad igualitaria que huye todo lo que puede de los contenidos, abomina de la memoria y se limita a unos pocos conocimientos instrumentales y a los bajos niveles. En realidad, siente una profunda desconfianza por las capacidades intelectuales de los nuevos estudiantes: se limita a aparcarlos en los centros.

A esto es a lo que hemos ido a parar como consecuencia de una utopía: la de la enseñanza igualitaria y uniforme para toda la población hasta una edad cada vez más avanzada. Ciertamente, una población que convive dentro de una nación debe tener una cierta formación común. Y hay mínimos que deben llegar a todos. Pero alargar ese período igualitario e infantil hasta los 16 años, sin dejar la posibilidad de vías paralelas con mayor exigencia intelectual, es poner un corsé rígido a la naturaleza humana, estorbando su libre desarrollo.

Queda bien claro que aquello que no es "práctico", que crea problemas al alumno mediocre, es arrojado fuera. Las Humanidades en general han sido las primeras víctimas, puesto que representan una visión del hombre y tienen unos objetivos que son distintos de los que los reformadores educativos preconizan.

¿No habría modo de compaginar unas cosas con otras, la extensión de la enseñanza y unos niveles dignos? Pienso que es

más factible de lo que se dice, que en el fondo hay un desprecio por las nuevas clases que llegan a la enseñanza. En todo caso, es absolutamente necesario que junto a la vía generalizada haya otra, un Bachillerato serio con amplio contenido humanístico, de al menos cuatro años. Un Bachillerato previo a los estudios especializados propios de la Universidad.

Cosas semejantes han sucedido en las Facultades de Letras. En éstas la enseñanza de las lenguas clásicas —junto a la de la literatura, la filosofía y la historia— era fundamental en los Estudios Comunes iniciales. Todo esto ha sido derrocado por las nuevas reformas. Las lenguas clásicas, concretamente, fueron destronadas por una Lingüística General y una Teoría Literaria. Yo, que he trabajado en estas especialidades, he de decir que lo primero es crear una base cultural en los alumnos, sin la cual jamás pueden comprenderlas. Están abocadas a convertirse en materias específicas de cada especialidad o en escaparate de las últimas modas extranjeras en manos de aficionados.

En definitiva, tras dividirse las antiguas Facultades de Filosofía y Letras en tres o más (Filología, Historia y Geografía, Filosofía y Ciencias de la Educación, a veces Psicología), la de Filología se dividió prácticamente en más de 20 especialidades, llamadas Titulaciones; entre todas ellas cuentan, en la Complutense, al menos sobre el papel, con más de 800 asignaturas. Un caos

de opcionales, de horarios, de alumnos vagando por los pasillos de la mañana a la noche hasta encontrar la asignatura elegida, de exámenes cuatrimestrales que rompen la continuidad y producen desorientación.

Algo se ha ganado desde aquella reunión en la Universidad "Menéndez y Pelayo" en Santander, en Septiembre de 1987, en torno a la reforma universitaria. Era el momento, aludido arriba, en que representantes de diversas filologías se oponían a la entrada del latín en su currículo: luego algunos han cedido, otros no. Los humanistas nos sentíamos, a veces, en una situación incómoda.

Y vemos con preocupación el futuro, cuando los hombres de letras y los hombres cultos en general dejen de tener una formación básica común. Ahora mismo, ya, tenemos historiadores y filósofos que no saben latín y menos griego, y las relaciones entre las distintas filologías (lenguas, literaturas), son difíciles. Porque difícil es comparar, relacionar cuando sólo se domina una parcela del panorama general.

El *inri* de toda esta situación es, ahora, en España, una Titulación llamada de Humanidades que se aprobó a posteriori de las demás y que trata de frenar el delirante especialismo con unos estudios unitarios destinados a ciertos alumnos o ciertas Universidades. Esa *sogenante* o supuesta o presunta Titulación de Humanidades contiene, en cuatro o cinco años, un solo curso de

clase alterna de lenguas clásicas: una cosa llamada "Latín y Cultura Clásica", perteneciente a una llamada "área de latín y griego", que no se sabe lo que es. Menos que en los antiguos Estudios Comunes.

Menos que en el actual Bachillerato. Aparte de esto, un verdadero batiborrillo, un cajón de sastre, un *totum revolutum* de toda clase de cosas especializadas del periodismo, cinematografía y temas contemporáneos llamativos. Ni la intervención de la Sociedad Española de Estudios Clásicos ni la de la Real Academia Española han sido capaces de evitar tamaño disparate anticultural. Cierto que algunas Universidades han hecho lo que por su parte han podido para mejorar esta situación.

Es lamentable que esto suceda en España, que, salvo en temas especializados, pierde así su tradición y pierde capacidad para influir de un modo constructivo en el mundo hispánico y en otros mundos, reanudando una tradición que a todos nos es común. Más lamentable todavía cuando, en realidad, el cultivo de las lenguas clásicas alcanza hoy día niveles importantes en España: resultado de la enseñanza anterior.

Se están renovando o han sido renovadas en este momento las más de las traducciones de los clásicos, adecuándolas a nuestra lengua de hoy. Se publican numerosísimas revistas especializadas y una bibliografía importante, o producida por nosotros o traducida.

Y hay interés en el público, como se manifiesta en cómo se vende toda esta producción bibliográfica, en la asistencia masiva a las representaciones teatrales de obras clásicas, a las conferencias. Existen no sólo los especialistas, también un público amplio que nos sigue. Y hay una simpatía en un grupo importante de estudiosos o cultivadores de otras ciencias que, o tienen formación clásica, todavía, o saben que ésta es importante.

Básteme recordar el Manifiesto en Defensa de las Humanidades Clásicas que se hizo público en Febrero del año 97 y que firmaron más de doscientas personalidades de la cultura española: profesores, académicos, periodistas, poetas, científicos, artistas, juristas, etc. etc. Cito su párrafo final: "Pedimos que se devuelva al estudio de las Humanidades, y en particular al de las lenguas y culturas grecolatinas, un papel protagonista en la formación intelectual y humana de nuestros jóvenes, procurando que su presencia en el sistema educativo desde la Enseñanza Secundaria Obligatoria sea lo más relevante posible".

Hay un núcleo en torno al cual podrían hacerse grandes cosas, hay un público receptivo, pero el poder, y pienso que no sólo aquí, también en otros países, está en manos de los que quieren difundir una mínima cultura general para todos, a expensas de la cultura tradicional. Y, sin embargo, se ha creado una nueva sensibilidad, en la Sociedad española, en torno a las

Humanidades, incluidas desde luego las clásicas: hay como un pavor a que nos olvidemos de nuestras propias esencias, a que nos aislemos de un mundo cultural que es el de toda España y Europa y, en realidad, el de todo el mundo. Que es la raíz, también, de nuestras Ciencias, nuestras técnicas, hasta de las corrientes que no nos hacen felices.

Hoy día no es políticamente correcto hablar mal de las Humanidades. Y se nos acoge en los medios de comunicación. Lo que se hace es relegarlas, olvidarlas en la práctica, dejarlas sin espacio ante las múltiples invasiones que sufren los planes de enseñanza, las múltiples urgencias.

La rueda, que ha estado tanto tiempo girando en contra nuestra, comienza, así, a girar a nuestro favor. Ya he hablado de las corrientes de comprensión que encuentran las Humanidades hoy en nuestro país. De los intentos de reforma, al menos en la Enseñanza Secundaria, por más que choquen con rémoras procedentes del pasado. Añádanse, en el extranjero, fenómenos como planes de estudios mucho más favorables que los anteriores en países como Francia, Suecia, Italia o Grecia; el enorme crecimiento del estudio del latín en Estados Unidos; su prestigio en las escuelas privadas, ya que no en las públicas, en el Reino Unido; etc. En países de África, en Hispanoamérica, hasta en el Japón, comprobamos este crecimiento.

Hay una conciencia general de que la Ciencia es esencial, la Técnica necesaria, pero que deben encontrar un contrapeso, un paralelo, en las Humanidades. Las clásicas entre ellas.

Al llegar a este punto se me preguntará que es lo que, en el momento actual, pretendemos los estudiosos de los clásicos, que nos movemos en íntima comunión con el mundo de la literatura y del pensamiento en general, que hacemos esfuerzos para demostrar que todos esos mundos están vigentes, son indispensables.

Nosotros hemos protagonizado largas campañas bajo todo tipo de regímenes, con todos hemos dialogado y batallado. Me refiero a las actuaciones de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, que agrupa a unos 5.000 estudiosos de los clásicos y que me honro, en este momento, en presidir. Y que no ha estado sola, son muchas personas, a ellas he aludido arriba, las que han estado y están a nuestro lado.

Pero en este momento la LOGSE, por ahora, es inamovible. Por fidelidad a sí mismas o amor propio o convencimiento, fuerzas políticas importantes la defienden todavía. Sin embargo, aun dentro de ella, aspiramos a que en la ESO la Cultura Clásica deje de ser esa asignatura secundaria, esa "María" que en muchos lugares es. Que haya un año obligatorio para todos o, si eso no es posible, lo haya al menos para los alumnos que se dirigen a la Universidad. No se

puede ser medianamente culto sin un mínimo conocimiento de los clásicos, aunque sea en traducciones y comentarios.

A más de este curso nos gustaría que se restituyera, al menos, otra vez, para los alumnos que se dirigen a la Universidad, un curso en latín. En un país de lengua y cultura latinas, en que en la lengua y en todo queda tanto de la huella de Roma, esto parece de justicia.

Y pedimos que, para el Bachillerato, el mínimo Bachillerato de dos años que nos han dejado, el latín y el griego tengan un papel importante para todos los alumnos de la Rama de Humanidades y Ciencias Sociales; y, con ellos, la filosofía y la literatura. Pensamos, además, que al menos como opcionales, estas materias deben estar en el Bachillerato de Ciencias Naturales y de Salud.

Esto se nos prometió en un momento durante el periodo en que se gestionaba la Reforma, pero luego se incumplió por presiones diversas. Hoy día, en Humanidades y Ciencias Sociales, el latín I y II y un solo griego son tres de las materias que puede escogerse en los dos años: pueden estar o no estar entre las seis materias que los alumnos deben escoger entre once (catorce en Cataluña). Un griego II flota en el piélago de las múltiples opcionales. Así, pueden escogerse dos latines o uno o ninguno, con o sin griego, y éste ya un por año (que de poco vale) y, más difícilmente, por dos.

Nosotros pediríamos, en ese Bachillerato (en todo él, también para los alumnos que vayan a Historia, Filosofía, Derecho, Ciencias de la Información, etc.) dos años de latín obligatorio y uno de griego. Para el griego es necesaria, en todo caso, una opcionalidad en condiciones favorables. Y todo ello en condiciones de horario suficientes.

Ya comprendemos que el marco de la actual LOGSE es estrecho; y no sólo para el latín y el griego, sino para todo. Habría que aspirar a que, junto a la ESO, se construyera paralelamente, ya lo he dicho, un gran Bachillerato, que creará una élite cultural (aunque la palabra esté mal vista) que España necesita.

Y si vamos a la Universidad, aquí hay que distinguir entre las distintas Facultades. Aquí el especialismo, cuya entrada en el Bachillerato nos agobia, es perfectamente legítimo; aunque habría que reducirlo a sus justos términos, la orgía de las opcionales, introducidas muchas veces por razones personalistas, es nefasta.

Yo aspiraría, desde luego, a reconstruir en estas Facultades el antiguo papel de las Humanidades como base común y general. Quizá esto suene hoy a utópico. Pero quizá, también, el cansancio del nuevo sistema y la visión de sus insuficiencias, reconduzca algún día a aquel camino.

El cultivo de las lenguas y culturas clásicas como una base común en las Facultades

nacidas de las de Letras, no como mera materia de estudio de reducidísimos grupos de especialistas, sería un símbolo de unidad cultural y serviría de antidoto, si estamos todavía a tiempo, contra la disgregación y atomización cultural que nos invade.

No ignoro que el conocimiento de la Antigüedad se persigue aquí o allá al estudiar la historia de las diversas Ciencias —Medicina, Farmacia, Filosofía, etc.— o en materias específicas de Facultades como la de Historia y la de Derecho, también algunas de Ciencias. Son estudios importantes, pero más bien aislados y carentes, sobre todo, de vinculación con el estudio de las lenguas. Este es atendido a veces en materias opcionales en Facultades como Historia o Filosofía.

Pero querría aludir, muy especialmente, a iniciativas que se han tomado aquí o allá para establecer estudios dirigidos a alumnos de diversas Facultades, sobre la base de la voluntariedad por supuesto, y que tienden a introducirlos en el conocimiento de las lenguas griega y latina, con vistas a sus intereses específicos. Hay, por ejemplo, un curso de Griego voluntario en Granada en la Facultad de Odontología, establecido por la misma. Hace poco estuve en la Universidad Autónoma de Méjico y tuve noticia de cursos de Griego para alumnos de diversas Facultades. Aquí, en Madrid, se abren paso esporádicamente iniciativas semejantes.

Sería importante que iniciativas de este tipo se generalizasen y cristalizasen. Cada

vez llegan a las Universidades más alumnos carentes total o casi totalmente de los datos más elementales sobre las lenguas clásicas. He oído quejarse de esto, repetidamente, a profesores de Facultades como la de Derecho y la de Filosofía. Incluso de Historia de América, donde el Latín es esencial para el estudio de documentos y libros antiguos. ¿Qué decir de las otras? No hace mucho, cuando fui a pronunciar una conferencia sobre Filosofía antigua en una Facultad de Filosofía, me pidieron que no aludiera a ninguna palabra griega, era algo desconocido allí.

Y, sin embargo, es claro que un conocimiento aunque fuera limitado del Griego y el Latín sería una ayuda valiosa para el conocimiento y manejo de la terminología científica, entre otras muchas cosas. Serviría para paliar ese bache cultural, esa incomunicación con nuestra tradición, que a veces se siente tan vivamente.

Yo propondría cursos con horarios compatibles con los de las diversas Facultades, algunas tardes o quizá los sábados, cursos desde luego voluntarios. Podrían ser de niveles diferentes, unos de pura introducción al léxico, otros con capacidad de llevar a los alumnos al conocimiento y la traducción de los textos literarios y científicos antiguos.

Habría, por supuesto, que establecer diferencias. Con frecuencia se ha cometido el error de hacer traducir a los alumnos de

Historia Medieval textos de puro latín clásico, a los de Filosofía textos en modo alguno filosóficos. Mientras no haya una formación clásica general y se trate sólo de una oferta de este tipo, parece que habría que dar la preferencia a aquellos textos y aquellos tipos de lengua que resultan en cada caso más adecuados.

Pero no quiero que se piense que todo lo reduzco a las lenguas clásicas. Cursos sobre temas literarios, filosóficos, históricos (también historia de la Ciencia) deberían acompañar a los que preconizo. Cursos sobre temas vivos e importantes, pero básicos, generales: no esas estrellas fugaces, esos oportunismos que tantas veces brillan, por ejemplo, en los cursos de verano.

Las Humanidades, con toda su multiplicidad, sus alternativas y contradicciones, representan nuestra historia común y nuestra sensibilidad común. Son un factor de libertad y de creatividad: modelos no esclavizantes, ya dije. Al lado de otros estudios, que de ellas históricamente nacieron,

deben continuar siendo un factor importante en nuestra cultura: la española y la europea, donde la Comunidad, que tanto se injiere en nuestros olivos o nuestras vides, nada ha hecho por ellas, tenemos experiencias frustrantes. Y eso que se habla del tratado de Roma, del premio Carlomagno, de Erasmo y Sócrates y demás. Meros nombres.

Esto comporta una actuación ante el público universitario en el sentido más amplio y ante el público en general, que debe seguir comprendiendo esos lazos de tradición de comunidad todavía vivos, aunque a veces no fácilmente visibles. Pero exige, también, una acción respecto a la enseñanza: tema difícil por la competencia entre las distintas materias que se disputan horarios cada vez más reducidos y por la búsqueda, por parte de algunos, de niveles ya puramente infantiles, ya meramente especialistas.

Todo debería conjugarse de algún modo. Porque las Humanidades siguen siendo esenciales. En realidad, son cada vez más necesarias.

## Resumen

Las lenguas clásicas han sido el centro de formación intelectual durante muchos siglos, tanto para humanistas, como para científicos. En España, la formación humanística sufrió una reducción implacable en la enseñanza secundaria con las reformas de 1970 y 1990, lo mismo que en los nuevos planes de estudio de la Universidad, ante el embate de las "nuevas humanidades" y de un pedagogismo igualitario que propone una cultura elementalísima y un especialismo del que son víctimas los saberes que no se consideran "prácticos".

No obstante, en la actualidad se ha iniciado una corriente de apoyo en distintas esferas de la sociedad, que reclama un papel más importante de las humanidades en la educación, habiéndose formulado desde la Sociedad Española de Estudios Clásicos propuestas concretas para reforzar el estudio de la cultura clásica en la Educación Secundaria y el Bachillerato. Así mismo, se propone reconstruir el papel de las humanidades en la Universidad.

**Palabras clave:** Humanidades, lenguas clásicas, cultura clásica, educación.

## Abstract

Classical Languages have been the centre of the intellectual formation for many centuries not only for Humanists but also for Scientists. In Spain, the instruction of Humanities suffered a relentless reduction in Secondary Education during the 1970 and 1990 reforms as well as in the new educational programmes of the university. This reduction took place due to the push of the "new humanities" and due to the new pedagogy that proposes a very elementary culture and a specialisation which regards "practical" knowledge as the only useful instruction for students.

However, nowadays a support body has started in the different levels of society, that claims a much more important role in the instruction of Humanities. The Spanish Society of Classical Studies has proposed specific measures to reinforce the study of Classical Culture in Secondary Education. Furthermore, it has been planned to reinforce the role of Humanities at university level.

**Key words:** Humanities, Classical Languages, Classical Culture, education.

**Francisco Rodríguez Adrados**

*Real Academia Española  
Sociedad Española de Estudios Clásicos*